

Nosotr@s

Sergio Rodríguez Lascano

Ya en otro momento hemos hablado de la existencia de una especie de dos almas en el movimiento social mexicano. Ahora quisiéramos detenernos un poco sobre el significado de esto y tratar de sacar algunas conclusiones.

Por la forma en que se construyó el poder en México, por su genealogía, la capacidad que se ha tenido en el transcurso de la historia para generar la visión de que solamente desde arriba es posible cambiar la situación de los de abajo ha sido muy fuerte. Hace algunos años, un hombre símbolo del transvestismo político de arriba, Porfirio Muñoz Ledo, lo explicaba así: “la casa se barre de los escalones más altos hacia los más bajos”. Claro, siguiendo su parábola toda la basura le cae a los de abajo mientras dura la transición en los escalones de arriba. Desde luego, habría otra posibilidad: no la de barrer de abajo hacia arriba, sino la de destruir la escalera.

Estas dos almas se han expresado en toda la historia de México, por lo menos desde el inicio del siglo XX para acá.

Por un lado, el movimiento magonista, encuadrado en el Partido Liberal Mexicano, como el gran organizador de un naciente movimiento obrero, libre e independiente, que todavía no caía en manos del Estado burgués. Por el otro, un movimiento maderista que, ante la evidencia de que no era viable una salida pacífica en la caída del dictador Porfirio Díaz, tiene la osadía de llamar a una insurrección por sufragio efectivo y no reelección para, luego, pactar una transición en la que se mantuvo incólume la vieja forma de organización del Estado, en especial, en lo que tiene que ver con su ejército profesional.

El problema fue que las fuerzas sociales que habían desatado la revolución no se iban a quedar conformes con el sufragio y la no reelección. Inmediatamente, en amplias zonas del país, en especial en el sur de México, el grito de Tierra y Libertad, le dio su verdadero carácter al proceso revolucionario, dando paso a que *El Tigre*, del que hablaba con tanto respeto el dictador Díaz, despertara y buscara poner en sus manos el control de su destino. En la verdadera revolución, la que se da después del asesinato de Francisco Madero, se enfrentan esas dos almas del movimiento.

Por un lado, una de estas almas está entre quienes, suspirando por mejorar sus condiciones materiales, no entendieron el significado profundo de la lucha indígena, campesina, y de los peones del campo. Prefirieron hacer caso omiso de que se vivía una

revolución y, apanicados y arrinconados, decidieron, desde arriba, que necesitaban contar con el apoyo social de importantes sectores de masas para imponer una salida burguesa a la revolución.

Esta misma alma del movimiento social, entre 1910-1919, se ubicó entre los trabajadores de la Casa del Obrero Mundial quienes, en lugar de tomar las armas junto con sus hermanos pobres de la tierra, consolidan a la fracción burguesa de la revolución, que va a imponer un orden posrevolucionario que tendrá como objetivo fundamental mantener el control de los movimientos sociales.

Por otro lado, está el alma que encarnó Emiliano Zapata, quien buscaba reorganizar a la sociedad como ellos sabían, como era su experiencia: con base en la autoorganización y la autogestión. Que no miraban hacia arriba como destino, sino a los lados para encontrar a sus iguales en el campo y en las ciudades. El movimiento que logró tal raigambre entre los de abajo, que a los sectores precapitalistas que hegemonizaron la elaboración de la Constitución de 1917, no les quedó otra que incluir varias demandas del Ejército Libertador del Sur, sabiendo que era la única forma de generar estabilidad en el país.

Por muchos años, pareció que el alma de abajo del movimiento social había sido domesticada. Que el régimen del general Lázaro Cárdenas había logrado levantar un dique inmenso que impedía la organización independiente de los trabajadores del campo y

la ciudad. Ese dique se llamaba Partido de la Revolución Mexicana, el padre del Partido Revolucionario Institucional. Todo lo que abajo se movía sin la venia del poder, era comprado o reprimido.

Va a ser el movimiento estudiantil popular de 1968 el que va a cuestionar esa realidad. Ese movimiento fue, antes que nada, una escuela de autoparticipación social. Una escuela de organización autónoma e independiente. Esto ha sido tan poderoso que ha sobrevivido a los análisis de sus líderes, siempre queriendo ubicar al movimiento como la génesis de la democracia política en México.

Claro que los de arriba tuvieron que cambiar sus formas de actuación, pero lo fundamental fue lo que sucedió abajo. Por primera vez, desde la Comuna de Morelos, el poder político no había podido cooptar a un movimiento. La represión, la masacre, no tuvo únicamente que ver con la cercanía de las Olimpiadas, sino, sobre todo, con esa inquebrantable decisión de los estudiantes de no transar su movimiento, su capacidad organizativa para lograr hacer realidad la idea de que “la dirección somos todos” (el CNH somos todos), de construir una visión ética de la política, en tanto ninguna de sus demandas tenían que ver con su carácter de estudiantes: luchaban por otros, en especial, por liberar a los presos políticos.

Después de 1968, muchos otros movimientos van a caminar el sendero de la independencia y la autonomía política: la insurgencia sindical, que se inició con



la huelga de Ayotla Textil y la sección de confeccionistas de Rivetex, en Morelos (donde los obreros hacían talleres sobre cómo se podía desarrollar la autogestión obrera, al interior mismo de la fábrica. Ahí, muchos de nosotros, estudiantes de la UNAM, nos quedamos días y días a dormir y a discutir sobre el futuro de la clase obrera y del país), para pasar posteriormente a Ecatepec con las huelgas de General Electric y Kelvinator; o la de Lido y La Campana. Ahí se discutió con una pasión desenfadada qué era lo mejor: avanzar hacia la creación de un sindicalismo independiente de las grandes centrales obreras o luchar por el rescate sindical, desde el interior mismo de esas centrales, ya que ahí se encontraba la inmensa mayoría de los trabajadores y, por lo tanto, de lo que se trataba era de conformar corrientes sindicales clasistas.

De ahí surgió la lucha de los electricistas, primero con el STERM y posteriormente con la Tendencia democrática del SUTERM. Otra vez, en la toma de los locales sindicales, por todo el país, nos encontramos miles de activistas obreros con miles de activistas políticos. Juntos discutimos la Declaración de Guadalajara (el último gran programa elaborado por los trabajadores mexicanos mismos), sus grandes avances y sus limitaciones.

El gobierno mexicano zanjó los debates por medio de la combinación de tres políticas:

a. El lanzamiento de una Reforma Política, que tendría como resultado la legalización del Partido Comunista Mexicano, del Partido Revolucionario de los Trabajadores y del Partido Mexicano de los Trabajadores. La idea perversa que se ubicaba atrás de este pensamiento era dislocar el eje de la lucha del movimiento social hacia los partidos políticos, para lo cual soltaron importantes cantidades de dinero para que los partidos ya no dependieran de sí mismos, sino de lo que Gobernación les daba, haciéndose realidad la teoría de Keynes de la propensión marginal al consumo: los partidos tenían más dinero y cada vez necesitaban más, por lo que se endeudaban con el mismo gobierno.

b. La respuesta favorable a una amnistía general que, desde la sociedad, se había exigido para lograr la liberación de los presos políticos, el cese a la persecución política, el regreso al país de los exiliados —todos ellos, todas ellas, de la época de nuestros

años de plomo—. Muchos de esos ex guerrilleros se convertirían en líderes de las corrientes reformistas de los partidos políticos.

c. La represión, ya sea encarcelando, asesinado o despidiendo a la vanguardia obrera que se había formado a inicios de los 70 en el valle de Cuernavaca, en Ecatepec, en Naucalpan, en Monterrey, en Monclova, en Lázaro Cárdenas, en Puebla. Toda una generación de líderes obreros clasistas acabaron o en el mercado informal o de taxistas o mendigando un cargo en los partidos políticos.

La reforma política de 1977 permitió un giro en el énfasis para generar movimientos autónomos. El poder tuvo la habilidad de hacer del tema electoral la melodía de fondo de todos los partidos y, poco a poco, de los movimientos sociales.

Éstos recorrían las oficinas de los partidos políticos para ofrecerse y ofrecer “su” movimiento. Si bien esto fue un proceso molecular hasta 1988, posteriormente se trataría de una avalancha.

Todavía en los sismos de 1985 se vivió una explosión de energía humana ante la tragedia. El gobierno, los partidos de derecha e izquierda fueron incapaces de canalizar esa energía humana. Los chavos salieron a las calles a rescatar a sus hermanos chilangos. Ahí no hubo estado de sitio o toque de queda. Aunque el gobierno autista de Miguel de la Madrid jugó con ambas posibilidades, lo que se vivió fue un toque de emergencia ciudadana, un estado de movilización permanente de los jóvenes, los cuales pasaron por encima de los policías, del ejército y de los gobiernos para demostrar que había otra ciudad que existía por debajo de la dermis de la ciudad priísta.

En 1988, se da, de alguna manera, la confluencia de ese tipo de movimientos con una escisión del PRI que se presentaba ante los ojos ciudadanos como viable para poder conducir una transición a la democracia por medios electorales. La candidatura de Cuahutémoc Cárdenas concitó un apoyo social impresionante en las partes más pobres de la sociedad. Los movimientos sociales independientes rindieron sus banderas a un movimiento político que provenía de las altas esferas del poder.

Por fin, la izquierda salía de su era grupuscular para poder dirigir grandes movilizaciones sociales. El problema fue que el objetivo era electoral y el fraude

lo impidió. Y la mejor salida que encontró Cárdenas fue la de llamar a la construcción de un gran partido político (el partido de los seis millones dijo un intelectual de izquierda en los momentos de euforia). Desde luego, la impresionante movilización ciudadana por rescatar al país por medio del voto no acompañó a Cárdenas en su voluntad de construir una herramienta, para que en la próxima no hubiera fraude (como se puede ver, en el terreno de las ideas, el camino de López Obrador ya fue caminado por Cárdenas con resultados catastróficos).

Así, se formó una gran partido que era un híbrido entre las peores mañas del PRI con las peores maniobras asambleistas de la izquierda grupuscular. Y si bien los primeros años mantuvieron un rostro de izquierda producto de las agresiones más viles del gobierno de Salinas de Gortari, casi desde el inicio ese partido llevaba tatuado en la frente las palabras traición y corrupción.

Desde las altas esferas del poder se percataron de que era indispensable cambiar su política de masas para poder generar otros 30 años de estabilidad (por lo menos así lo pensaba Carlos Salinas de Gortari), frente al peligro cardenista y la necesidad de llevar a cabo una política de reestructuración productiva que cambiara el modelo de acumulación y que asentara lo que se ha conocido como neoliberalismo. Salinas realizó las siguientes acciones:

a. El 10 de enero de 1989, cuarenta días después de haber tomado posesión, en medio de gritos de usurpador, Salinas fraguó, junto con el diseñador de la guerra sucia de los 70, Fernando Gutiérrez Barrios —tan bien amado por una parte de la izquierda mexicana e internacional—, un operativo militar para detener al líder petrolero Joaquín Hernández Galicia, auténtico cacique, dueño de diputaciones, senadurías, gubernaturas, alcaldías de las zonas petroleras; dueño de un emporio económico impresionantemente poderoso. Con esa acción, el gobierno mexicano demostraba que podía sobrevivir sin las corporaciones charras o, por lo menos, que les podía mellar cualquier filo, para ya no tener que pagar los mismos favores. El grueso de la burocracia charra prefirió una paz sin dignidad que perder el grueso de sus grandes fortunas. El corporativismo sindical dejaría de ser el mecanismo fundamental para el control social.

b. Utilizó sus contactos con el viejo maoísmo mexicano y logró controlar a las nuevas corporaciones de izquierda, que fundamentalmente se ubicaban en el movimiento urbano y campesino. Para lograr esto utilizó a un experto en la muleta y el capote: a Manuel Camacho Solís. En sus oficinas se formaron las direcciones actuales de la mayoría de los partidos políticos y de una buena parte de los líderes de lo que se conoció como el Nuevo Movimiento Campesino y del Movimiento Urbano Popular.

c. Aparte de asesinar a cientos de perredistas, sobre todo en Guerrero, Oaxaca e Hidalgo, inició su política de meter las manos en ese partido, hasta convertirlo en lo que es hoy: un apéndice del Estado mexicano.

d. Llevó a cabo una política de privatizaciones que permitió la generación de un puñado de burgueses, auténticos aventureros sin tradición en la industria y las finanzas que, de la noche a la mañana, despertaban con grandes fortunas producto del despojo de los bienes de la sociedad.

Lázaro Cárdenas, con su política de nacionalizaciones, reforma agraria e industrialización, empujó a una burguesía nativa que, poco a poco, fue creciendo y exigiéndolo todo. Salinas empujó a una gran burguesía con vocación transnacional, que inmediatamente entró a la lista Forbes de los hombres más ricos del mundo.

El neocardenismo ya se hallaba perdido, las organizaciones sociales controladas, el corporativismo había perdido poder sin ninguna alteración, y una burguesía nueva y pujante había surgido de la nada. Parecía que el camino estaba llano.

La insurrección zapatista del 1 de enero de 1994 y, con ella, el movimiento social que ha generado, volvió a poner en la mesa de los debates la idea de que era viable la construcción de un movimiento social-político de manera autónoma e independiente.

A partir de ese momento, cada propuesta lanzada desde la Selva Lacandona abonaba a la construcción de ese movimiento, aunque todavía no era claro que el PRD ya no era una opción de izquierda en el terreno institucional. Desde el tiempo del primer diálogo hasta la emisión de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y la propuesta de La Otra Campaña, los zapatistas sirvieron como un espejo, como un puente y como un catalizador de los movimientos sociales.

La descomposición

Hoy, no hay para dónde hacerse. Los movimientos sociales que dirigen el PRD o alguna de sus bandas viven en medio del descrédito, la corrupción y la ausencia total de ética política. Su legitimidad, honestidad y su ética se quedaron en el camino de la lucha —de alguno de sus líderes— por una curul, o por algún puesto en la burocracia perredista o en la de los gobiernos perredistas.

Desde el 1 de enero de 1994, el EZLN ha apostado al desarrollo de una serie de movimientos sociales que, sin un partido guía, sin una dirección nacional ordenada, sin un referente ideológico unívoco, se construya por sí mismo.

Desde luego, el grado de maduración de ese proceso corría a la par de la crisis del poder y de sus instituciones y mediaciones. Hoy, el corporativismo tan útil en el pasado es un remedo. Si bien las viejas burocracias charras y las nuevas (como las del secretario general del sindicato de Telmex, que tiene ya más de 35 años en el cargo) siguen manteniendo un fiero control sobre los grandes sindicatos industriales, y si bien se siguen beneficiando de sustanciales concesiones económicas,

éstas no tienen el peso político que tenían en el pasado. No conforman ni siquiera un *lobby* de presión. Hoy, hay más diputados del sector “agrario” —bueno así se dicen ellos, un ejemplo es Beatriz Paredes— que diputados del sector sindical, para no hablar de alcaldes o gobernadores. Estamos frente a un corporativismo bastardo, que el gobierno no entierra porque todavía le es útil para dos cosas: controlar a los trabajadores y, de vez en cuando, para canalizar el descontento social, por medio de un supuesto “nuevo sindicalismo”. Tanto lo viejos charros, como los modernos charritos comparten los métodos, las estrategias y su visión de respetar las instituciones del Estado. Quizá, algunas veces, no concuerden en algunas tácticas pero, en el fondo, son como dos gotas de agua.

Igual en el sector agrario. La vieja CNC no tiene el poder que tenía antes, lo comparte con un supuesto “nuevo movimiento campesino” que, bajo la ropa desgastada de un maoísmo decadente, hoy es administrador de la euforia presupuestaria agraria. En el 2009, se aprobó el presupuesto agrario más elevado, pero esto no ha significado ninguna mejora sustancial para los campesinos. Los que sí se han beneficiado son los viejos





intelectuales que, con el paso del tiempo, descubrieron que el reformismo no era tan malo, y que era mejor diseñar los programas para la FAO sobre el hambre que insistir en que si no hay maíz no hay país. Bueno, esto lo recuerdan para la galería cada vez que es necesario y que vuelven a ponerse el sombrero. Igual, los viejos líderes agrarios del nuevo movimiento campesino.

Peor aún el caso del movimiento urbano popular, reestructurado por los partidos políticos hasta convertirlo en un paisaje patético de equívocos. Los líderes del movimiento urbano popular trabajan para el Instituto de Vivienda del DF, por ejemplo. Ellos luchan por que sus organizaciones sean las beneficiadas por los planes de vivienda. Cuando no logran su objetivo, toman el Instituto de Vivienda, donde ellos ganan una buena feria. El director general cede y se entregan los nuevos créditos a líderes que hoy tienen un nivel de vida nada despreciable. Igual sucede con los movimientos urbanos de Monterrey, Durango o Zacatecas. Lo que era la vieja Conamup no resistió la llegada al poder. Así, en visión micro, evidencian el tipo de sociedad que ellos quieren construir: Una donde se pasa por encima de la dignidad de los ciudadanos, donde se les vuelve cómplices de sus corrupciones, donde se confunde la organización con el puesto.

Y las organizaciones que se idearon desde el poder para sustituir a las corporaciones: las Organizaciones No Gubernamentales, rápidamente mostraron sus limitaciones. Creadas por las teorías de la *Gobernanza ciudadana*, las ONGs fueron vistas por mucha gente como el único refugio que les quedaba para poder capotear el vendaval de las agresiones. Sin embargo, poco a poco, la supuesta neutralidad exigida por el poder se fue reduciendo, en tanto los conflictos cada vez eran más virulentos. En la práctica, muchas veces la neutralidad fue entendida como una coartada para justificar las acciones del gobierno. A las ONGs, a muchas de ellas, la N se les cayó y se convirtieron en Organizaciones Gubernamentales que buscan individualizar al ciudadano para convertirlo en cliente del Estado. En México, tenemos un sinnúmero de ejemplos de cómo los líderes de varias ONGs acabaron en la Sedesol administrando la miseria de la población, dándole chamba a sus cuates y enriqueciéndose sin pudor. Eso sí, convencidos que están generando una nueva forma de actuación política, en tanto las corporaciones ya no intervienen igual. La miseria y el hambre y la individualización y el mantenimiento de las redes de control social y político son “pequeños detalles” frente a tan titánica obra.

Nosotr@s

Pero, a raíz de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y del llamado a La Otra Campaña, un nuevo movimiento social está surgiendo. Los elementos para reconocer a los muchos, a las muchas que lo forman, son diversos:

1. Poseen una forma de organización, no donde no hay líderes, pero sí donde hay mecanismos de control social que permiten que las decisiones no sean tomadas por un grupo pequeño de iluminados. Por lo tanto, casi siempre tienen características asamblearias en la toma de decisiones. El grado de horizontalidad es una preocupación y se avanza y se retrocede al respecto, pero el tema se mantiene como un elemento de debate.

2. No se dedican únicamente a la gestión, no es que no la hagan, pero no viven de ella y para ella. En cambio, normalmente entienden el carácter de clase del Estado, identifican al mal y al malo, y construyen nuevas formas para defenderse de él.

3. Forman sus alianzas con sus semejantes, sin imponer una hegemonía. No porque alguno no lo piense, sino porque está condenada al fracaso. El tamaño no es la clave, sino la voluntad de lucha y de organización. Tienden hacia la conformación de redes de iguales, dentro y fuera de La Otra Campaña.

4. Son de las principales víctimas de la represión, la página de Enlace Zapatista es la mejor demostración. En todos los rincones del país, las instituciones del Estado burgués nos agreden porque no saben cómo tratar con Nosotr@s. Representamos la lucha por la dignidad: puede ser porque en mis terrenos no se construya un puente para unir México con Estados Unidos; o que no se construya una súper vía; o que mi pueblo no desaparezca con su idioma y su cultura, sólo porque no me quieren dejar pescar; o que en mi comunidad no se siembre maíz transgénico; o que en la fábrica donde trabajo no se nos siga agrediendo con peores jornadas y peores condiciones; o que no tenga que seguir cocinando balones de fútbol y que, si uno sale mal, me lo cobren; o que pueda vender en la vía pública cuando, por culpa de su modelo económico, no tenga empleo; o cuando no se me deja trabajar en la calle como lo que soy: una trabajadora sexual; o que se me persiga por como me visto o como me peino; o se me agrede en la calle por el único “delito” de ser mujer; o se me quiere imponer un modelo hegemónico-único de vida...

5. Entienden que La Otra Campaña es sólo un marco de referencia parcial, buscan generar y aliarse a otros movimientos sociales que viven en las mismas condiciones que Nosotr@s. Es decir, para Nosotr@s las fronteras de La Otra Campaña no son un límite para hacer nuestra tarea.

6. Somos el Nosotr@s que camina al lado del zapatismo, no atrás simplemente esperando a ver qué nos dicen; ni al frente, queriendo aparecer como los más radicales del planeta, desde luego, sin correr ningún riesgo en tanto no representamos nada.

7. Somos los que ya no queremos que nadie nos salve, ni que se nos diga qué hacer. Somos los que queremos construir de manera autónoma una nueva forma de relación social, llamada organización / organizaciones. Donde no tengamos que depender del líder o del intelectual, donde de manera soberana decidamos nuestra tarea y no sea una ONG la que nos diga cómo resolver nuestros conflictos.

8. Estamos construyendo un / unos movimientos sociales constituyentes, es decir, que ellos decidan su construcción programática. Es decir, que esa tarea no sea el trabajo de especialistas o de líderes que luego cometan la estupidez de decir que la pintura de los pollos crea la enfermedad de la homosexualidad. Preferimos equivocarnos todos a que acierte uno y, desde luego, preferimos acertar todos a que el jefe demuestre su homofobia y luego la quiera disfrazar con la coartada de que era una broma.

9. Hoy, por todo el país existen organizaciones o gérmenes de organizaciones que están trabajando bajo esta lógica, y muchas otras que todavía no alcanzamos a ver. Lo que está claro es que por todos los rincones de lo que hoy es México el Nosotr@s ya existe, y no espera, sino que se manifiesta todos los días construyendo su propio destino.

10. No suspiramos por aparecer en los medios masivos de comunicación, aunque, no hay duda, apareceremos, pero no nos importa. No somos de los que están obsesionados con la idea de que desde los medios de comunicación se trasmite una visión del país y ahora, no antes, se quejan de la despolitización de la gente, como lo hace AMLO. La desmoralización no nos toca. Estamos convencidos de que, más allá de los patéticos programas de “Discutamos México”, en los que todos los intelectuales se rebanan los sesos para poder demostrar que lo que pasó no debió de pasar: que Hidalgo no debió aceptar que fuera tan sanguinaria la Independencia; o que Madero debió haber pactado una transición con Díaz, sin que éste se fuera del país... O de que más allá de los patéticos noticieros, hay un México lleno de rincones donde eso ni siquiera forma parte de sus preocupaciones. No es cierto que lo que existe es el *homo videns*. En cambio, lo que cada vez es más evidente es que lo que existe es el *homo fartus* (harto), listo para dar el nuevo ¡Ya Basta! Un Ya Basta que será como un vendaval que arrojará a la basura todas las teorías basura que han creado los medios de comunicación masiva.

A menos de cinco años de que se dio a conocer la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, algo se está moviendo abajo, es el ruido del viejo topo que está construyendo ciudades y ciudadelas debajo de la tierra y que se apresta a salir a la superficie, aunque, quién sabe, a lo mejor no es un topo sino un escarabajo.

Ciudad de México, a 6 de mayo del 2010. ★